

tros lectores, y ni aun vos mismo, Sr. Aguas, dejareis de entender, sino para recordaros algo de lo que contienen las sagradas escrituras, cuyos mandamientos se han de guardar segun afirmais vos mismo. Y quisimos copiar los textos de la vulgata latina, *sin notas*, para daros con ella en rostro y obligaros á tragarla, siendo como es esta, la única version que ha hecho que los protestantes tengan Biblia, segun ya indicamos arriba, lo que desde un principio recibieron de la Iglesia, y á la cual han de ajustar todas sus demas versiones, si quieren evitar la infamante nota de falsarios y corruptores.

Pero nuestro fin principal en estas citas ha sido el poderos ahora argüir de esta manera: En las sagradas escrituras *verdaderamente* se nos manda recibir, entre otros, los sacramentos de la Eucaristia y de la penitencia; es así que si no cumplís los *verdaderos mandamientos de Dios, que se encuentran en las sagradas escrituras* (con las demas obras que vos mismo confesais que se os exigen) no debemos creerlos, porque os falta el amor de Dios; y esto aunque *hicierais milagros y pasarais de un lugar á otro los montes*; luego será un tonto el que os crea, miéntras negueis la verdad del sacramento de la Eucaristía y os burleis del de la penitencia; pues no cumplís con lo que Dios manda en las sagradas escrituras, mucho mas, cuando no

habeis hecho todavia milagro alguno, que sepamos; y e están tan quietas sobre sus bases, como han estado siempre las montañas.

Ni creais, que os sirva de excusa en el juicio divino el alegar que la confesion de los pecados hace pecar al confesor----- y á propósito, ¿por quién dijisteis eso? ¿Por vuestros antiguos compañeros? ¿Y cómo lo supisteis? á nosotros nos da por no creerlo: ¿lo decis, acaso por vos mismo? pues entónces sí tendremos que creerlo, porque cuando vos mismo lo decis, ¿quién se atreveria á negarlo? Como quiera que sea, tened entendido, que no hay excusa que valga contra el mandato divino, porque Dios comunica siempre fuerzas suficientes para cumplirlo, y es falso una y mil veces, que uno pueda hacer pecar á otro porque peca solo aquel que quiere, y no sabe implorar oportunamente con fé y confianza, con perseverancia y humildad el auxilio de la divina gracia que nos mereció Jesu Cristo, nuestro *maestro, y abogado, y guía, y puerta, y verdad, y salvador y luz, y todo cuanto querais, porque confesamos de buen grado: non est aliud nomen sub cælo datum hominibus in quo oporteat nos salvos fieri.*

Ahora preguntamos nosotros tambien y con seriedad, como vos nos aconsejais, página primera columna tercera, para que no vayais á creer que desdeñamos un consejo, cuando es bueno, venga

de donde viniere. *¿Qué hemos de hacer para salvarnos?* Es puntualmente la pregunta que á San Pablo y á Sila dirigió el centinela de la cárcel en que los dos habian sido encerrados; pregunta á la cual San Pablo contestó realmente lo que vos decis: *crede in Dominum Jesum et salvus eris*: porque vió muy claro que aquel hombre aterrado por el terremoto que acababa de suceder, que habia abierto todas las puertas, roto las cuerdas que sujetaban á los presos y conmovido hasta los fundamentos de la cárcel, quedaria dispuesto, tan pronto como Dios le infundiera la fé, á practicar todo lo que el apóstol le ordenara, como lo practicó realmente. Que no? pues seguid leyendo este capítulo 16 de los hechos de los Apóstoles, y vereis como en aquel instante mismo (y era de noche) llevó aquellos dos prisioneros á su casa y les curó las llagas que en sus cuerpos habian dejado los azotes del dia anterior y recibió----- esto sí que importa, recibió el bautismo él y todos los demas de su casa, despues de haber escuchado y aprendido todo lo necesario para salvarse. Ya veis cómo se nos va contestando á la pregunta aconsejada; la respuesta la encontramos en el mismo lugar que vos nos indicasteis, leyendo un poco mas. La fé, nos van respondiéndolo las palabras y los hechos de la Biblia, realmente es necesaria para salvarse; pero no basta la fé sola, si-

no que se necesitan ademas buenas obras y sacramentos. Porque nosotros supuesto lo dicho, tenemos que discurrir con nuestro caletre, ya que nos dejasteis sin notas ni comentarios, y lo hacemos de esta manera: Si San Pablo, á un infiel que se convierte, lo instruye y lo bautiza, para que sea salvo, á un fiel ya bautizado y pecador, de seguro que lo haria confesar, porque el bautismo no se repite; y oida su confesion y encontrándolo arrepentido, en virtud de aquellas palabras de Cristo *quorum remisistis etc.*, ya citados, no dudamos de que le dejaria absuelto, y ya se entiende que imponiéndole su penitencia: cuidado, que las sabia imponer buenas cuando queria! vaya, si estaba convencido el santo apóstol de que podia atar y desatar! Que lo diga el incestuoso de Corinto. (I. Cor. 5, 5).

Hacemos aun otra vez la pregunta aconsejada, no ya á imitacion del carcelero de Filipo de Macedonia, sino imitando al mismo apóstol San Pablo. *¿Señor, qué quereis que haga?* Act. 9, 6; y tambien se nos contesta con hechos en este mismo capítulo referido, que no basta creer: *Et Dominus ad eum: Surge et ingredere in civitatem et ibi dicetur tibi quid oporteat facere* (ibid. 7) y le respondió el Señor: levántate y entra en la ciudad y te dirán lo que has de hacer.

La fé la tenia ya sin duda el Santo Apóstol

despues de haber hablado con el Señor y de haberse impuesto *de secretos celestiales que el hombre no pudiera manifestar* (2 Cor. 12, 4) ¿Qué le quedaba que hacer, pues, á S. Pablo? Seguid leyendo este capitulo y lo vereis. Ante todo tuvo que presentarse á uno de los ministros de Cristo, para ser *buatizado*, y recibir la acostumbrada *imposicion de manos*; en segundo lugar tuvo que aprender *cuánto tendria que sufrir por el nombre de Cristo, quantum oporteat eum pro nomine meo pati* (*ibid.* 16, 17, 18). Todo esto tuvo que hacer por mucho tiempo. ántes de recibir la plenitud del sacerdocio y la mision de evangelizar á las naciones (Act. 13, 2).

Ahora bien; si un S. Pablo que debia creer como ninguno, porque ninguno tenia mas motivos de credibilidad, por haber visto y oido lo que ojos no vieron ni oidos oyeron; si S. Pablo, tuvo que hacer tanto, que padecer tanto y que someterse tanto á otros discípulos del Señor, despues de haber sido arrebatado al tercer cielo; ¿cómo ha de bastar la fé á los que no han sido arrebatados, ni al primer cielo, ni lo han visto, ni saben lo que es, ni su espíritu se ha levantado jamas de la tierra?

Llamamos muy particularmente, Sr. Aguas, vuestra atencion sobre aquellas palabras *cuánto tendrá que padecer por mi nombre*, para ver si os

atreveis despues á repetir: que habiendo Jesus muerto en el Calvario, nada nos queda ya que hacer, *ni padecer, ni hay mas purgatorio que la sangre de Cristo*. Ni se os ocurra responder que lo que padeció San Pablo servia solo para arrojarlo á los infiernos, ni que era inútil, supuesta la pasion de Cristo; porque él mismo os desmentirá en su primera á los Corintios (9, 27) diciendo: que castiga su cuerpo para que no le suceda, que habiendo predicado á los demas, suponemos que con fé, él vaya á encontrarse reprobado: os desmentirá tambien, en otra carta á los colosenses 1, 24, con las siguientes palabras *et adimpleo ea quae desunt passionum Christi in carne mea, pro corpore ejus, quod est Ecclesia*, y añado lo que de la pasion de Cristo falta en mi carne en favor de su cuerpo (místico) que es la Iglesia.

Hemos querido declarar aquí con sus propias palabras los dos fines por los cuales se mortificaba y padecia S. Pablo, á fin de que entendais bien: 1º que la pasion de Cristo, aunque sea de infinito valor no exime de obras y padecer á ningun cristiano; antes bien supone, que á imitacion suya, han de padecer y trabajar mas ó menos todos los cristianos, para salvarse: 2º que los padecimientos de unos pueden servir á otros, como los de S. Pablo servian á la Iglesia. Explicaremos un poco mas estas dos tesis.

Con respeto á la primera, desde luego asentamos, que se engaña cualquiera que crea, que Jesus apareció en la tierra con el solo fin de satisfacer por nuestros pecados. Que este fin haya sido el principal de su venida, no queremos negarlo: que sea solo, es lo que no admitimos. Jesus vino tambien para enseñarnos á satisfacer de nuestra parte, con obras que son verdaderamente meritorias, siempre que por la fé, esperanza, y caridad (mirad bien que son tres) nos conservemos unidos á él, cuyas acciones y penas forman, por otra parte, toda la base de nuestros merecimientos.

Si así no fuera, ¿á qué fin invitarnos tantas veces á seguirle, cada uno con su cruz á cuestas? Mat. 16, 24 Marc., 824. ¿Para qué asegurarnos otras tantas y tal vez mas, que él es el *maestro*, *la guia*, *el modelo*? *Cristo padeció por nosotros, dice el Principe de los Apóstoles, dandoos ejemplo para que sigais sus huellas* (1 Petr. 2, 21). ¿A qué viene esta advertencia, si Cristo lo hizo todo, si nosotros estamos exentos de hacer cosa alguna? Ni qué necesidad, habia entónces, de que el hijo de Dios se hiciese hombre como nosotros? ¿Para obtener nuestro perdon, creemos, que le hubiera bastado unirse á la naturaleza angélica, haciendo en esta naturaleza por nosotros un solo acto de amor de Dios, que hubiera sido tambien de un valor infinito.

¿Sabeis por qué se unió el Verbo Divino á la humana naturaleza? ¿para qué vivió tantos años sobre la tierra, infante, niño, jóven, hombre formado? para decir á los hombres extraviados de todas edades, sexos y condiciones: ved lo que ha de hacer la naturaleza humana supuesta su decadencia para encontrar otra vez el camino recto y seguro: fijaos en la humanidad que yo dirijo: ó mejor pensad, hablad, obrad como este hombre que soy yo mismo; lo que yo haga es lo que necesita la humanidad, es lo que el hombre ha de hacer para ser regenerado y salvado.—Pues señor, no podemos hacer tanto.—Contais ya con las fuerzas sobrenaturales que voy á comunicaros? *pedid y recibireis*.—No hemos de recibir tanto, que podamos satisfacer á vuestra Divinidad ofendida.—¿Cómo no, si yo obro con vosotros y padezco?—Nunca podremos hacer lo que vos.— En todo lo que os falte, suplo yo.

Así es como entendemos la primera tesis que asentamos, sacándola de la expresa doctrina de S. Pablo, y de otros lugares de la Biblia sin notas.

Por lo que toca á la segunda nos parece clara, supuesta la verdad de la primera, tal cual nos hemos esforzado en explicarla. Como Jesus en la naturaleza humana que *asumió*, obra por los hombres todos, y en todos los que se le unen, influye como cabeza en sus miembros, de aquí se

sigue, que cada miembro sujeto a la influencia de Cristo puede influir en los otros miembros, con virtud participada de Cristo, que vive en todos sus miembros: *Vivo autem jam non ego; vivit vero in me Christus* Galat. 2, 20., y hé aquí que casi sin pensarlo hemos venido encontrando en la comunión cristiana una especie de *solidaridad*, y queremos que os fijéis bien en la palabra, no tanto por lo que tiene de áspera, ni por la boga que ha adquirido en estos últimos tiempos entre ciertos filósofos que conozco, como por la idea que expresa; que ántes de concluir la presente discusión ha de servirnos de mucho.

Si San Pablo, pues, ofrecía obras satisfactorias por los otros miembros de la comunidad cristiana, según vimos, ya veis que debió creer que el mérito de lo que uno hace puede aplicarse á otro. ¿Por qué os chocan, pues, tanto los sufragios por las almas de los difuntos? No hay más purgatorio, dijisteis, que la sangre de Cristo; pero creemos haberos demostrado que á más de la sangre de Cristo, hay en esta vida un purgatorio, que consiste en padecer por nuestros pecados, á imitación de lo que por ellos sufrió Jesucristo, *adimpleo quæ desunt*, etc. Y si lo hay en esta vida, ¿por qué no ha de haberlo en la otra? ¿Quereis suponer que todos los hombres en el acto de espirar, han de ser santos ó condenados? Ni tanto,

ni tan poco, señor mío: nosotros creemos que el purgatorio terrestre (sufrir con Cristo) que os hemos demostrado, Biblia en mano, supone necesariamente otro fuera de la tierra y más allá de esta vida, cuya existencia queremos también después probaros con la misma Biblia; pero ahora tened la bondad de seguirnos en el siguiente raciocinio:

Queda asentado y demostrado, que el cristiano, padeciendo y trabajando á imitación de Cristo y bajo el influjo de Cristo, como lo hacía San Pablo, se regenera, queda redimido, salvo, y puede aun ayudar á la salvación de otros cristianos; ¿pero cuánto es lo que ha de trabajar y padecer? ¿Con cuánto ha de cooperar á la grande obra de Cristo? Nadie lo sabe; porque esto depende de la mayor ó menor intensidad de los actos de cada individuo; de la mayor ó menor pureza y rectitud de sus intenciones; del mayor ó menor número y gravedad de los pecados que haya cometido; pues no están en el mismo caso el que una vez unido á Cristo por el bautismo, trató de conformar en lo posible su conducta con la del divino modelo, y aquel que perdió pronto la gracia y quedó privado del influjo de Cristo, cayendo y recayendo repetidas veces; ni están en igual caso aquel que ha participado más del influjo de Cristo por los sacramentos dignamente recibidos,

porque otros de los miembros influyentes del cuerpo místico de Cristo han aplicado por él y le han cedido sus obras y sus padecimientos, y el que contentándose solo con no pecar mortalmente, muy poco hace para entrar de lleno en esa participacion de los méritos de Cristo y de sus santos.

Siendo imposible, pues, que todos mueran igualmente purificados, ó purgados, ó lavados con la sangre de Cristo, por lo mismo que con esta sangre se lavan unos muy da tarde en tarde, talvez solo en la hora de la muerte, y otros cada dia y á cada hora, ¿qué quereis que hagamos con los que mueren miembros de Cristo, sí, pero poco purgados, poco limpios para el cielo, en el cual no puede entrar cosa manchada? ¿En dónde pensais colocarlos? Los pondreis donde querais, sobre el lugar no disputamos; pero creed que han de sufrir lo que en esta vida no quisieron sufrir; creedme que por allá se les han de dar sus buenos baños, y convendremos nosotros con vos, ved si somos complacientes, admitiremos en su verdadero sentido, que *no hay mas purgatorio que la sangre de Cristo*, porque sin ésta nadie pudiera purificarse, ni por acá ni por allá tampoco: aquellos baños, aunque fueran por manos celestiales ministrados, no pudieran limpiar, si el agua de la tribulacion, ó el fuego, ó lo que sea

no tuviese cierta mezcla de una esencia perfumada y en extremo penetrante y corrosiva, que disuelva toda inmundicia, y se llama..... SANGRE DE CRISTO.

Para demostrar ahora, según os prometimos, esta misma verdad con el testimonio de las sagradas escrituras, citaremos en primer lugar aquellas palabras del Redentor registradas en el cap. 12 vers. 32 del Evangelio de S. Mateo: *qui autem dixerit (Verbum) contra Spiritum Sanctum non remittetur et neque in hoc saeculo neque in futuro*. Direis que Jesus no habla aquí del purgatorio, y es cierto que no pronunció esta palabra; pero como la cuestion no es tanto de palabras como de ideas, no podreis negarnos que Jesus habla de algun pecado por el cual no hay remision de ningun género en la otra vida. Este pecado diremos de paso con Santo Tomás, no debe de ser otro que la impenitencia final de los que rehusan todas las gracias del Espíritu Santo, todos los medios de arrepentimiento y conversion á la hora de su muerte; aunque lo que al presente nos importa, no es tanto el definir este pecado como el entender bien lo que las palabras de Cristo necesariamente suponen. Decimos necesariamente, porque si Jesus no hubiera supuesto que algo hay que hacer ó sufrir en la otra vida por los pecados; mas diremos, si los oyentes de

Jesus no hubieran estado en esta misma inteligencia, superfluas eran las últimas palabras del texto, vanas, sin sentido. ¿Y os atreveriais á decir de Jesucristo, que hablaba palabras huecas sobre el mas importante negocio de la salvacion de los hombres? Nosotros, ni si quiera á pensarlo. Tenemos, pues, que Jesus daba por sentado, que algo habia en la otra vida, relativo á la remision de los pecados, y que esto era cosa sabida entre los de su pueblo. ¿Y cómo no habia de serlo si sobre el particular habla tan claro el libro 2.º de los Macabeos, escrito desde tanto tiempo ántes?

No ignoramos que los protestantes para quitarse un peso de encima, suprimieron en sus ediciones de la Biblia el libro que acabamos de citar; y erran empero torpemente, si se figuran que aquella supresion arbitraria ha de impedirnos á nosotros el citarlo. Arbitraria, sí, supuesto que ellos no tienen ni pueden tener mas ni menos libros, que los que encontraron en poder de Roma, cuando apostató Lutero segun arriba dijimos, razon por la cual nadie ha de hacer caso de lo que ellos quiten ó añadan á la vulgata latina. Leed, pues, las palabras de un autor, que aun cuando no fuera de los inspirados, bastaria para hacernos conocer cual era la creencia de los antiguos hebreos, sobre el estado en que pueden

quedar ciertas almas despues de haber dejado en la tierra sus despojos.

Judas exhortaba al pueblo á que se abstuviera de pecar, en vista de lo que acababa de suceder por los pecados de los que habian caido en la batalla, y despues de haber hecho una colecta, mandó á Jerusalem doce mil dracmas de plata, para que se ofreciera el sacrificio por los pecados de los muertos----- porque consideraba que aquellos que habian muerto piadosamente (luchando por la religion y por la patria) no podian ser desechados del Señor. Es santo, pues, y saludable el pensamiento de orar por los difuntos para descargarlos del peso de los pecados. (2º Machab., 22.)

Ved cómo pensaba Júdeas Macabeo, y notad que así debió pensar todo el ejército, cuando contribuyó con sus limosnas á ofrecer el sacrificio por los difuntos compañeros. Habíanse estos apoderado de algunos de los regalos que sus enemigos solian ofrecer á los ídolos, y contra el veto de la ley los habian conservado, como se vió en el acto mismo de darles sepultura, y Júdeas y su ejército, no pudiendo creer, por una parte, que Dios hubiese rehusado perdonar á los que pelearon y murieron por su causa, ni por otra, que sus almas estuvieran del todo purificadas, quisieron aplicarles sus oraciones y sus limosnas.

Y ved como en el antiguo pueblo de Dios ya